Refugio de la Mafia.

La lluvia caía sobre el barrio italiano de el Salazzo. Sobre el mostrador de la copistería que regentaban sus padres, Vicenzo estudiaba la última asignatura de la carrera de periodismo, lo hacía tranquilamente, sabiendo que sólo una mísera asignatura le separaba del mundo laboral, así que se la preparaba tranquilamente, ya le había dado tres vueltas al temario.

Apenas había clientes aquella tarde, lo que le permitía dedicar lo máximo posible de sus horas a estudiar. Su padre había montado aquella copistería cuando se casó, y después montó otra en el barrio de Richmond. La familia estaba compuesta por su madre y su hermano Antonio, sin embargo el hermano no había pasado a formar parte del negocio familiar, trabajaba para un constructor del que se rumoreaba que era padrino de una familia local de la mafia, sin embargo eso no estaba confirmado, el negocio de la construcción, como siempre, estaba en auge. Su hermano aparecía poco por casa, y siempre pavoneándose, bien sea luciendo trajes de marca, relojes de oro, o deportivos aparcados siempre frente a la ventana del piso de sus padres, por lo demás no era mal hermano aunque un poco bocazas.

Estudió hasta las siete, luego cerró la puerta y colgó el letrero de CERRADO. Debía darse prisa para ir a su segundo trabajo en el Hotel Hyatt, metió sus libros en la mochila y salió por la puerta de atrás para tomar el metro de Railway St. Veinte minutos de viaje en los que podía seguir leyendo, repasando sus apuntes y jurándose a sí mismo que una vez que terminaran los exámenes no volvería a estudiar otra cosa que no fuera el menú de un restaurante.

Aquel verano había conseguido un empleo a media jornada en el servicio de limpieza y mantenimiento del hotel, su primo Mario había dejado el empleo para dedicarse a vender coches en Virginia le había dado el soplo y lo recomendó. El trabajo no estaba mal, no se mataba, y le gustaba sus compañeros. Su jefe era un negro enorme a punto de jubilarse, lo trataba bien y si alguna vez se retrasaba o necesitaba cambiar el turno no le ponía pegas.
Entró por la puerta de empleados del hotel y se cambió en los vestuarios.
-¿Qué tenemos hoy Larry?- le preguntó Vicenzzo a su jefe.
-Miradlo, lleva tres semanas aquí y ya me llama Larry- dijo su jefe bromeando con otros dos empleados de mantenimiento mientras se servían café de la máquina del cuarto de mantenimiento.
-El universitario se cree demasiado bueno para este trabajo- dijo Walter, 35 años, pelirrojo y con una perilla más bien escasa.
-Mándalo a limpiar calderas, eso lo mantendrá humilde- sugirió Spike mientras sorbía poco a poco el hirviente café.
-No, tengo un trabajo más adecuado para su alteza real- Larry habló pomposamente, tenía cierta gracia al fingir que era el mayordomo de su majestad- hoy tienes que ir a la planta 0 a quitar los escombros que dejaron los albañiles, pídele a Spike su carretilla y una pala, y no uses el ascensor de personal para bajar los escombros que no quiero oirlos.
-Joder Larry- dijo Vicenzo fastidiado.
-Pero para que su majestad no sufra, póngase los guantes reglamentarios y que sus delicadas manos no.... no... ostias ¿cómo se dice?- miró al pelirrojo Walter, y este se encogió de hombros.
-Eso, coje los putos guantes y no mires a las camareras, ¿eh?.

-Suerte Vicenzzo- Spike levantó su café, y al hacerlo su ojo bizco efectuó un movimiento imposible, en dirección contraria a la del otro ojo.

Buscó la carretilla y se puso los guantes. El montacargas para los trabajos sucios lo llevó a la planta cero, también conocida como la zona cero, al dirigirse hacia allá se cruzo con el siempre impecable e implacable señor Donahue, supervisor de servicio, con su sonrisa de reptil y sus ojos de carroñero.

-Buenas tardes Vicenzzo.

-Buenas tardes, señor Donahue.

-No olvide usar el montacargas de servicio.

"Y tú no olvides ponerte los pelos de la espalda en esa calva, capullo".

-No señor Donahue.

Cuando el supervisor se giró atisbó a ver esa sonrisa de superioridad de "he dejado las cosas claras con los lacayos".

La zona cero era una planta construida inicialmente como una zona del hotel con más habitaciones, y así había sido hasta que algún director pensó que sería mejor usarla como almacén, luego como calderas, y finalmente como almacén otra vez. El mes pasado habían hecho obras para colocar un nuevo ascensor y estaba todo lleno de escombros, los clientes del hotel ahora podían usar ese ascensor para subir al nuevo restaurante, pero por dentro había quedado como una verdadera chapuza, el espacio que ocupaba el nuevo ascensor tapaba casi el fondo del pasillo. Ese ascensor que subía al restaurante no tenía salida a la planta cero.

-Bueno, a trabajar- se dijo a sí mismo, nadie entraba allí, así que estaba bien solitario.

Comenzó a mover todos los escombros formando un montón cerca del ascensor, y luego se dedicó a cargarlos en la carretilla y a bajarlos hasta un contenedor a pie de calle. A partir de la primera hora agradeció llevar los guantes, a la segunda hora las manos le bailaban en sudor dentro de los guantes comenzando a desollarse el interior. A las tres horas hizo una parada, se lavó las manos en un cuarto de calderas con un ruido tremendo y sacó el bocadillo.

-Joder, qué feo es esto- el sitio consistía en una ancho pasillo que dejaba vislumbrar la gloria de un pasillo de un hotel cualquiera, pero ahora no era más que un corredor de hormigón. Mientras mordisqueaba su bocadillo se puso a pasear por aquel escenario postnuclear, calderas, almacenes con cosas inimaginables, cabeceros de cama, somieres inservibles, y todo tipo de basura. Al final del pasillo la columna gigante que era el hueco del ascensor vibró levemente, se acercó a él.

-Vaya obra de ingeniería cutre- le dijo al hueco- al menos podían haber aprovechado todo el pasillo.

No habían ocupado todo, sino que quedaba un hueco estrecho en el que podías entrar de lado, instintivamente se metió, pegando pecho y espalda con dificultad hasta llegar al fondo.

-¿Qué es esto?- al fondo encontró algo, la pared dejaba paso a una especie de pared falsa, movió la mano - Santa Madonna...- giró la mano, aquello era el pomo de una puerta, y lo que parecía un tabique falso resultó ser una puerta, giró el pomo y la puerta se abrió.

-Vamos allá-dijo cruzando la puerta, con el corazón en un puño. Todo estaba a oscuras, con la mano buscó un interruptor. No esperaba que encendiese nada, pero se encendió, aquello era el vestíbulo de una antigua suite. Y una suite bien conservada.

El vestíbulo, estrecho, daba paso a otra puerta, y esa puerta a una habitación, mitad saloncito con una pequeña cocina, y el dormitorio con cama de matrimonio, una puerta daba a un baño bien conservado y sucio. Le emocionó ver que aquello los albañiles no lo habían tocado, ni siquiera tapiado. Era una especie de refugio dentro de la fealdad de la zona cero.

-Podría vivir aquí y nadie lo sabría- sacó el teléfono móvil, se acercó a la ventana y vió que tenía cobertura. Teclado de marcación rápida.... tecla uno.

-¿Mamá?....si, estoy bien, tranquiiiiiiiiiila, oye, ¿ahora?...... fumando crack debajo de un

puente, ¿dónde iba a estar mamá?, pues claro, en el trabajo, oye, que esta noche la voy a pasar en casa de Alex estudiando, nada, para que lo supieras.... tranquila, no necesito pijama, dormiré en gallumbos.... vale, un beso mamá.

Aquello era genial. Miró el reloj, su tiempo de descanso casi se había terminado. Salió atropelladamente de la suite oculta y fué a la planta 1. Llevaba una escoba, a esas horas no había nadie, era por la mañana cuando estaba lleno de mujeres mexicanas con el uniforme de limpieza, abrió un par de puertas antes de encontrar lo que quería, productos de limpieza, sábanas, una manta, toallas, botecitos de gel, cepillo de dientes, etc... cargó con todo eso y lo metió en uno de los sacos de la lavandería. El corazón no dejó de latirle deprisa hasta que no se apretó por el estrecho hueco que había entre el ascensor de la planta cero y el pasillo hasta llegar a la suite, lo dejó todo ahí y salió. Todavía tenía un par de horas.

Nervioso, como estaba trabajó a toda prisa, su jefe ya había salido y apenas quedaba a la entrada de la puerta de los empleados la seguridad del hotel, un tipo con gorra que comenzaba su turno de noche mientras hojeaba aburrido el NY Times. Hizo tres viajes más y se esmeró por dejarlo de la mejor manera, barriendo el pasillo y dando un poco de agua con detergente al pasillo. Se imaginaba a Larry, mirando satisfecho el trabajo y diciendo:
-Joder Vicenzo, buen trabajo, te voy a recomendar al servicio de camareras, ¡ja ja ja!- y para celebrar su chiste le daría unas palmadas en la espalda. A las diez de la noche apenas quedaba persona de limpieza ni mantenimiento. Volvió a entrar con sus ropas de empleado y subió en el montacargas hasta su suite, iba a dejarla como los chorros del oro, mientras, descubrió que una llave de uno de los cuartos de calderas servía para abrir la puerta de la suite, separó esa llave del resto y se la metió en el bolsillo.

La suite era realmente acogedora, ahora que estaba tranquilo se pudo fijar en los detalles, hilo musical, una nevera que funcionaba, sólo tuvo que conectarla, llegaba el agua caliente, y la televisión, antigua pero operativa, funcionaba, ¡incluso el teléfono!. La ventana daba a una de las calles laterales, poco transitada. El saco con las cosas que había cogido estaba en el mismo sitio, se puso a barrer, a pasar el paño y quitar el polvo de los muebles, a hacer el cuarto de baño y dejarlo todo en perfecto estado.
-Vaya día de limpieza que llevo.

Después se dió una ducha de agua caliente, larga y reconfortante, las manos le escocían, las tenía bien rojas en aquellas partes en contacto con los mangos de la carretilla, no importa, usaría la loción hidratante que el hotel daba a sus distinguidos clientes, caramba, esto era vida.

Con una de las batas del hotel se sentó en la cama y encendió la tele, todo iba como la seda. Luego sacó el portátil de su mochila, su portátil llevaba la antena Wifi para los protocolos más recientes, además, tenía una antena externa que consistía en un largo cable y una especie de ratón, aunque algo más pequeño. Tenía una cuenta de estudiante con AOL, el Isp que usaba para su conexión a internet, desde hacía un par de años todas esas conexiones eran inalámbricas. Además de la conexión de AOL detectó cuatro conexiones más, una oficina cercana tenía su conexión abierta, las otras era de otros ISP, con el cuarto tenía acceso.
-Habiendo internet sólo necesito comer, y lo tengo todo.

Su cliente de mensajería le avisó que su amigo Duncan estaba conectado, Duncan, un colega de la universidad, era otro de los locos de internet, de esos que podían estar chateando contigo y estar sentados en la taza del retrete. Pasaron a comunicación con voz.
-¿Dónde andas?.-le preguntó su amigo.
-He terminado de trabajar y estoy en una suite del Hyatt.
-Claro, y yo estoy en la cama con la senadora Amidala y el maestro Qi Jong.
-Te estás amariconando con tanto internet, ¿no deberías de estar estudiando?.
-Yo YA he estudiado, te recuerdo que debido a mis nobles orígenes no tengo que trabajar de

esclavo de otros para pagar mis costes universitarios.
-A saber qué tipo de trabajos estás haciendo para pagar tus tasas.

Aquello era una conversación típica de los dos amigos. Luego hablaron de la nueva temporada de Star Trek y analizaron los secretos espirituales ocultos en esa serie. A la media hora dejaron la conexión y Vicenzzo se metió en la cama, a repasar sus apuntes. Las dimensiones de esa cama nada tenían que ver con su pequeña cama de soltero en casa de sus padres, podías dormir despatarrado con los brazos abiertos y aún quedaba espacio.

El teléfono móvil le despertó a las seis y media de la mañana, a esa hora comenzaba a llegar el personal, pero no sus jefes ni sus compañeros de mantenimiento. Se puso sus ropas de "civil" (de ayer, por cierto), echó un último vistazo a su suite.

Cuando estaba en el metro pensó en la noche que había pasado, y se puso a hacer planes, se bajó una parada antes de su casa y se metió en Di´Maggio, una cafetería con los mejores Baggels de toda la ciudad, se pidió una coca cola y un Baggel de pavo y salsa turca, el desayuno de los campeones.

Comenzó a llover, el local comenzaba a llenarse de oficinistas y mujeres latinas que iban a comenzar su jornada. Las ideas comenzaban a agolparse en su mente, si quería usar la suite como base de operaciones debía de tener algunos víveres, conservas, comida seca como puré de patatas, pasta, arroz, con eso podía tener para bastante tiempo. Además necesitaba algunas mudas de ropa, también debería hacerse con un uniforme extra para pasar desapercibido por los de seguridad. aunque la seguridad en esa zona del hotel era mínima, los de la cabina de entrada apenas levantaban la vista de su revista deportiva, y si veían un uniforme siempre te dejaban entrar, en aquella zona del hotel no había nada que robar.

Abrió su portátil y entró en su tienda de informática favorita, iba a comprar un disco duro extraible, para llevar todas sus "pertenencias" digitales consigo, su portátil tenía un buen disco duro, pero su archivo personal de películas y música era enorme. Miro un disco de 800 Gigas por 150 dólares, era un precio razonable, los discos nuevos ya eran de 2.000 gigas, sin embargo su archivo personal apenas ocupaba quinientos Gigas, esas eran su verdaderas pertenencias. Hizo la compra y luego miró otros proveedores de internet, su cuenta de acceso como universitario en AOL caducaría cuanto dejara de ser universitario, es decir, en breve. La otra cuenta que disponía estaba suspeditada a su conexión de Adsl de casa, digamos que era algo que venía en el precio, Adsl + conexión Wifi. Decidió que de momento no necesitaría nada más.

Cuando llegó a su casa se encontró a sus padres desayunando en la cocina.
-Buenos días familia-
-Buenos días juerguista- le dijo su padre.
-No ha estado de juega, ha estado estudiando con su amigo Alex- se puso de pie- hola hijo, ¿estudiaste mucho anoche?, ¿has desayunado?.
-Sí a las dos preguntas, pero me tomaría un chocolate con este caballero de rostro serio- dijo señalando a su padre.
-¡Rostro serio!, esa será la cara que se te pondrá cuando tengas mi edad y una montaña de facturas.
-Venga ya, si estamos forrados, ¿le has contado a mamá que el negocio de las fotocopias no es más que una tapadera para vender drogas?.
-¡No hagas chistes con eso Vicenzo!- dijo la madre desde la otra esquina de la cocina.
-¿Qué tal fue ayer por la tarde en la copistería?- preguntó el padre.
-Bien, aunque a última hora no entró nadie, por cierto, no me has dicho cuanto me vas a pagar por cubrir las bajas de tus empleados.
-No me hables de bajas, si tú no te hubieras hecho periodista y tu hermano trabajara para mí no tendría que soportar bajas de empleados.
-Sí claro, ¿y trabajar gratis para tí toda la vida?, ni hablar, prefiero que me exploten como

columnista del New York Times.
-¡Gratis!, ¡dice gratis!, ¿oiste Leonor?, mamma mía, le pago la universidad y se forra trabajando en el Hyatt y encima me pide que le pague- aunque se quejaba su padre estaba secretamente orgulloso de Vicenzo, estudiaba y se ganaba un dinero trabajando.
-Ya podía tomar ejemplo tu hermano- dijo señalándole con la taza.
-Mi hermano es un próspero hombre de negocios, y además está emancipado.....
-Una mierda hombre de negocios, es un presumido que trabaja para Al Capone.
-¡Ya déjalo!- dijo la madre, trayendo el chocolato de Vicenzzo.
-Piensalo bien papá, al menos tu negocio está protegido, y si un chino pone una copistería enfrente nuestra, le ponemos unos zapatos de cemento y ¡al río Hudson con él!.
-Sigue hablando así y terminarás como él- dijo el padre.
-Al menos las rubias tontas y guapas le hacen caso, mientras que en ese sentido mi vida sexual deja mucho que desear, ¿algún consejo sobre ese aspecto mamá?.

La madre le miró escandalizada.
-Anda, bébete el chocolate y deja de decir tonterías.

Vicenzo se tumbó en la cama de su dormitorio, volvió a mirar los apuntes, ya se los sabía de memoria, al profesor le encantó el trabajo que hizo en el primer semestre, así que aquello era coser y cantar, cogió el mando a distancia en su mesita de noche y puso la CNN. Una locutora rubia hablaba de las fuertes lluvias que estaba experimentando toda la costa este, los veranos calurosos de Nueva York habían dado paso a lo más parecido a la época de los monzones, ya no cabe duda- decía la rubia con paraguas y gabardina- que el cambio climático está detrás de esto.

Pasó a otro canal, Skynews, noticias locales. Cuanto más miraba a los locutores de televisión más cuenta se daba de que jamás trabajaría en televisión, jamás, todos parecían maniquíes de escaparate, todo sonrisa, nada cerebro.
-...sigue sin pistas de los asaltantes del furgón blindado de la empresa privada Secur Courier, se sospecha que el furgón transportaba una gran suma de dinero negro procedente de los casinos sin licencia que la mafia italiana usa en la zona Susexx.....
-Eso, lo italianos tenemos la culpa de todo- dió otro golpe en las teclas de su mando a distancia y cambió a otro canal.
-No, ruleta de la fortuna nooooooo.

Apagó la tele y cogió otra vez los apuntes, pero no aguantó mucho, se quedó dormido a los cinco minutos.

Se despertó a las doce y media, sorprendido de que hubiera dormido tanto tiempo. Se levantó y abrió la puerta de su dormitorio.
-¿Mamá?-
Nadie respondió.
-¿Mamaaaaaaá?-
El mismo silencio. Perfecto, se dijo, ahora estoy solo en casa, soy el amo.

Sacó del armario su mochila de viajero, fue a la despensa y cogió algunas cosas, unas cuantas latas por aquí, un producto de limpieza por allá. Luego bajó a un supermercado cercano y se aprovisionó, eso de trabajar le había hecho un hombre moderamente rico, al menos desde el punto de vista de un estudiante que había sobrevivido a base de las asignaciones mensuales de su padre y los recados que hacía para la copistería que regentaba. Consiguió llenar en total 3 sacos con varios artículos que consideraba necesarios, los iría subiendo poco a poco, para no levantar sospechas.

A las dos de la tarde volvió su madre, y él le dijo que se iba a la Biblioteca a estudiar y luego al trabajo.
-¿Has comido?-

-Si, a media mañana.-y cerró la puerta.

Otra vez el metro le llevó en un breve paseo hasta el inmenso Hyatt, un hotel donde era fácil perderse, cincuenta plantas, cientos de habitaciones, un edificio descomunal, de la era del edificio Empire State, cuando la prosperidad de América subía y la arquitectura hacía lo posible por demostrarlo. La puerta de empleados estaba situada justo a espaldas de la Gran Recepción, con un parking enorme donde no era raro ver limousinas, o últimamente modernos Hammers, más parecidos a tanques que a coches, a los lados de la gran recepción había dos entradas también enormes, a los lados del edificio el parking de clientes y puertas para el abastecimiento del hambriento hotel, y detrás del todo, una puerta al parking de abastecimiento y la entrada de empleados, donde en la garita de seguridad se libraba un feroz concurso de caras de aburrimiento, "y Dios bendiga a los vigilantes ociosos" dijo Vicenzo.

Faltaban unas horas para entrar a trabajar, así que con gran discreción se coló en la entrada procurando no ver a nadie conocido, la fortuna quiso que sus compañeros de mantenimiento se encontraran arreglando calderas, o como era el caso, arreglando goteras y desatascando sumideros del tejado y de las terrazas del hotel.

La planta cero seguía tan desierta como siempre, sacó la llave que abría la puerta a la suite y cruzó el pasillo con su petate lleno de comida, ropa, y demás objetos personales. Tras el estrecho pasadizo, la suite lo esperaba tal como la había dejado esta mañana temprano. Se puso a ordenar sus cosas y se tumbó en la cama, abrió el portátil y se conectó a internet, empleó el tiempo que le quedaba en leer el correo, mirar las webs que siempre visitaba y echar un vistazo en Gaim para ver quien había conectado, sus contactos alcanzaban el número de 90 personas, algunas de las cuales tenía ciertas dificultades en decir quienes eran, seguramente (chicas) que había conocido en algún chat, se intercambiaron correos y hablaron un par de veces más. Como le solía ocurrir el tiempo le pasó volando, apuró demasiado y terminó por cerrar el portátil corriendo y vestirse mientras la CNN daba las noticias con reporteros en medio de tormentas de lluvia y huracanes. Al parecer el robo al furgón blindado era algo más, algunos expertos de la DEA y de la comisión de juego hablaban de cantidades de millones de dólares robados. Caramba con las Mafias del juego.

Ya en la zona cero llamó por el walkie de la empresa a Larry.

-Larry, ya estoy aquí- eran las cuatro de la tarde, que era cuando comenzaba el turno de hoy.

-Vicenzo, sube a la azotea, tenemos un follón de mil pares...-sonido de interferencias bastante oportuno-... los sumideros están hasta arriba y tenemos algunos problemas, ponte botas de agua y el chubasquero de cuerpo entero, y sube cagando leches.

Vicenzo volvió a bajar al vestuario para equiparse, chubasquero, pantalones de peto de plástico y botas de agua, además de gafas. Al parecer llovía muchísimo y algunas terrazas del tejado se anegaban. Cuando se montó en el ascensor dos camareras, vestidas de blanco y rosa le miraron conteniendo la risa, parecía preparado para una guerra bacteriológica.

-¿Te vas a pescar al Hudson, cariño?- le dijo la más vieja, que pasaba los sesenta años y medía algo más que un gnomo.

-¿Qué vas, de hombre rana?- dijo la otra, de unos treinta años y pelo rubio tono químico.

-No, la policía nos ha dicho que alguien ha tirado una agentes químicos tóxicos en los depósitos de agua del hotel y vamos a investigar-

Las risas se interrumpieron.

-¿Es grave?- dijo la rubia platino.

-Lo es, todos vamos a morir.

-¿Quéeee?-

Ya no pudo evitar la risa.

-¿Trabajas con Larry, verdad?- dijo la vieja.

-Igual de payaso que él- las puertas se abrieron y ellas empujaron sus carritos de limpieza hacia el pasillo- ¡procura no mojarte gracioso!.

Pero Vicenzo seguía riéndose.

Lo que ocurría en el tejado era una especie de marejada gruesa en pleno Atlántico, la lluvia te impedía ver más allá de tres metros. La terraza principal ocupa una especie de plaza central, los salones de baile y banquetes daban a esta terraza, que debido a la crecida del agua amenazaban con inundarse.

-¡Ya estoy aquí!- le gritó a Larry, para el que no se fabricaban chubasqueros de su tamaño, sus dos antebrazos musculosos sobresalían del plástico verde.

-¡Por cierto!, ¡buen trabajo con lo de la zona cero!.

-¡Gracias!-

-¡Tenemos que encontrar el ojo del culo del sumidero, limpiarlo y meterle este alambre adentro, al menos con dos o tres metros de alambre y luego sacarlo!.

Fueron hacia el centro de la terraza, donde estaba Walter maldiciendo todo. Con varas de metro y medio fueron sondeando el fondo.

-¡Aquí!, ¡venid aquí chicos!- gritó Spike- ¡tengo el sumidero!.

-¡Voy a acabar con reúma!- maldijo Walter- ¡y esto en pleno Agosto!.

Después de limpiar lo que obstruía el sumidero intentaron tirar de la reja metálica, pero les costó un gran esfuerzo, el agua corría con fuerza a través de la reja.

-¡Tened cuidado!, ¡no quiero que nadie pierda la mano!.

El agua parecía caer con más intensidad, ahora les llegaba hasta las rodillas, y al parecer se habían convertido en un pequeño espectáculo, desde las salas acristaladas algunos empleados de limpieza, jefes, camareros y algún cliente, observaba la lucha de Larry y su grupo contra los elementos.

-¡Voy por el alambre!- dijo Vicenzo. El alambre pesaba lo suyo, Spike tuvo que ayudarle por lo largo que era. Larry se puso cerca del sumidero y empezaron a meter el alambre.

-¡Empujad!, ¡vamos más fuerte!.

Cuando lo sacaron pudieron quitar un montón de lodo negro y espeso.

-¡Dile a Stein que coloquen las bombas de agua!-le dijo Larry.

Steinbeck era un supervisor, Larry salió de la terraza y llamó a Stein por el Walkie.

-¿Tan grave está la cosa?- preguntó Stein.

-Como siga creciendo el agua podría partirse algún cristal de la terraza e inundarse.

-De acuerdo, dile a Larry que van para allá las bombas.

Cerró la comunicación.

-¿Cómo va todo, Vicenzo?-

La voz de Donahue, el reptil supervisor de supervisores, el espía bolchevique al servicio de la dirección apareció, omnipresente él.

-Acabamos de pedir las bombas de agua, el sumidero está bien atascado.

-Escucha, dile a Larry que despeje lo antes posible el sumidero, no quiero que sufra ninguno de los salones.

-Sí, señor.

Vicenzo entró corriendo en la terraza, el agua subía y subía, cubriendo las rodillas.

-¿Qué quería ese capullo?- le preguntó Larry.

-Chorradas, me ha dicho que te diga que lo arregles rápido.

-¡Será mamón!- gritó Larry.

Walter, que andaba cerca preguntó:

-¿Qué pasa?.

-Nada, las bombas de agua, que van a tardar un poco- le explicó Larry, Walter era bastante susceptible y en esos momentos estaba cabreado con todo el mundo.

Metieron varias veces el alambre, sacando más lodo, hasta que finalmente no pudieron meterlo más hondo.

-¡No se puede hacer nada más!- dijo Walter. Para entonces ya habían llegado las bombas de

agua y las estaban montando.
-Vale, dejadlo, Vicenzo, vuelve a poner la rejilla en el sumidero, no vaya a ser que se atasque más.

Recogieron el alambre y Vicenzo fue a por la pesada rejilla de hierro, era una frustración no haber podido arreglar aquel asunto, su orgullo y el del resto estaba herido. Tuvo que ponerse de rodillas para encontrar el sumidero, e incluso meter la cara en el agua, ahora era más difícil encontrarlo.
-¿Te echo una mano, Vin?- le preguntó Spike.
-No gracias, creo que puedo yo solo- respondió su orgullo.

Después de un rato buscando encontró el agujero y bajó la rejilla, pero no quedó encajada, intentó darle con la punta de la bota, pero tampoco.
-Joder, ahora tendré que agacharme- miró de refilón a su pequeño público que miraba impasible. La rejilla pesaba, tiró de ella hacia el centro y....
-¡AHHHHHHHHHRGHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH!- un dolor le cruzó la mano como si le cortaran con un cuchillo de carnicero, levantó la manó rápidamente y vió el corte abierto en su mano, y el interior de la herida de color blanco. La lluvia caía sobre ella tiñéndo el agua de color rojo.

Walter miró hacia atrás y corrió hacia él, le miró la cara, había visto la fea herida y no le tranquilizó la expresión de su compañero, recordó que muchas madres siempre asustaban a los hijos cuando se caían, haciendo que el niño llorara.
-Ven aquí Vicenzo, ven-

Entonces, para vergüenza de Vicenzo, se desmayó, delante de un público que estaba esperando que ocurriera algo como aquello.

Después del desmayo recordó cosas, entrar ayudado por sus dos compañeros, a Larry poniéndole su pañuelo sobre la herida y apretándole fuerte, y luego entrar en el ascensor rumbo a la enfermería del hotel. Le pareció ver en el ascensor a la camarera vieja y pequeñita con la que tuvo el cruce de bromas antes de ir a la terraza.

UN enfermero lo hizo sentar en la camilla y le habló como si lo conociera de toda la vida.
-Esto te va a escocer, pero tranquilo Vic, te desinfectará.- sobre una palangana metálica derramó de un bote sin etiquetar un líquido que le hizo contener un grito, los ojos le lloraron sin querer.
-Muy bien machote- ahora un poco de anestesia y vamos a cerrar esa herida.

A su lado Larry le sonreía, la verdad que le agradaba tener una cara amiga. El enfermero le puso una inyección en la mano y al poco la sintió pesada e insensible.
-Ahora viene la parte cuando si quieres no mirar es mejor que no lo hagas, ¡eh Larry!, ¿porqué no le cuentas a Vic cuando te cosimos un testículo?, sí, el día que te caíste de la escalera metálica.
-Ni me lo recuerdes- dijo Larry.
-No sé si quiero oir esa historia jefe.
-¿Te he contado que Vicenzo va a la universidad?-le dijo Larry al enfermero, en su esfuerzo por distraerle, de momento él no sentía nada en la mano, más que los movimientos de moverla de un lado a otro y ciertos tirones.
-¿Ah sí?, ¿qué estudias?.
-Periodismo, este año acabo, ya sólo me queda una asignatura.

El enfermero intentaba prestar atención, pero estaba concentrado en la herida, según le contaron más tarde tuvo que esmerarse a fondo debido al tajo tan grande que se había dado.

Después de coserle le pincharon la antitetánica y le dieron unas pastillas y unas pomadas.

-Cuando empiece a dolerte tomate una de estas, pero no te tomes más de una cada seis horas.

Larry le acompañó hasta la puerta de empleados.

-Buen trabajo Vicen, ya puedes olvidarte de venir por aquí hasta dentro de un par de semanas, que te vea el médido y luego ya veremos.

-Mierda Larry, me desmayé- dijo Vicenzo con vergüenza.

-¿Y qué?, cuando casi pierdo un testículo me desmayé dos veces, cuando me dí el golpe y cuando me lo vi abierto.....

-Ah no- dijo Vicenzo con cara de asco- te dije que no quería oir tu historia del testículo.

Y Larry volvió a dedicarle una de esas risotadas de negro descomunal que él daba.

A medio camino en el metro notó que la mano le palpitaba y le comenzaba a doler. Supuso que dentro de una hora el dolor sería atroz. Buscó la pastilla que le dió el enfermero y se la tragó a secas, él no estaba hecho para soportar el dolor, que los valientes se hicieran los machos.

Subió las escaleras del metro con cuidado, cada paso que daba, si lo daba rápido hacía que la mano le latiera dolorosamente, temían también un empujón sobre la mano cosida de algún transeunte que viniera corriendo. No había tráfico en la calle, al parecer las lluvias también habían hecho de lo suyo, luces de bomberos bailaban en los edificios. Cuando se acercó a su portal se dió cuenta que no eran luces de bomberos, eran policías, varios coches de policía, alguien se había metido en líos en su barrio. Subió las escaleras anticipando la escena familiar:

-Mirad, hoy casi pierdo la mano en el trabajo, de hecho me la han cosido entera.

Su madre se acercaría mirándole con preocupación, y su padre echaría pestes del trabajo en el hotel, pero en el fondo se sentiría orgulloso de su hijo el currante.

La puerta de su casa estaba abierta.

Cruzó la puerta de casa y se encontró a un montón de gente, como si alguien hubiera dado una fiesta, sólo que todos estaban uniformados. Un detective le cerró el paso y lo llevó fuera.

-¿Qué pasa aquí?- preguntó.

-¿Es usted Vicenzo Escalpone?.

-Sí.

-Baje conmigo, se lo ruego.

-No, quiero ir a mi casa y ver qué pasa.

Del interior de su casa salió un patrullero bastante grande, el lenguaje físico decía: "Lo siento chico, no puedes entrar".

Bajaron por la escalera y se metieron en un coche patrulla.

-¿Qué te ha pasado en la mano?.

-Trabajo en el Hyatt, me pille la mano con una rendija, había como treinta personas delante viéndolo, y ahora dígame, ¿qué pasa aquí?.

El policía , un hombre cercano a los sesenta años, con bigote cano y ojos tristes le dijo.

-Tus padres han muerto, los han acribillado a balazos.

Necesitó unos segundos para asimilar esa información.

-¿Y mi hermano?.

-Tu hermano ha desaparecido.

La cólera le encendió y la mano empezó a dolerle a rabiar.

-¿No estará insinuando que..... tiene algo que ver?.

-Estamos investigando, pero es un hecho que tu hermano trabaja para una de las familias más poderosas de la mafia... eso y que ha desaparecido lo convierten en sospechoso, que no en

autor de este crimen.

Estaba aturdido. En aquel momento le hubiera gustado llorar desconsoladamente, pero fue completamente incapaz. No podía llorar. Buscó dentro pero no salió nada. Sus padres no podían haber muerto.

-Quiero entrar en mi casa.

-Imposible. No te voy a dejar ver a tus padre, ya tendrás tiempo de llorarles y despedirte de ellos, pero ahora no, créeme que lo siento.

Alguien llamó a la ventanilla, otro patrullero.

-Están aquí unos tíos del chico, quieren verle.

-Ve con ellos, ya hablaremos....y....lo siento.

La tía Marta y el tío Luca, ambos jubilados corrieron a abrazar a su sobrino, fue entonces cuando el lugar de donde salen las lágrimas y la pena se abrió, y lloró sin consuelo sobre los hombros de sus tíos.

Sus tíos lo acogieron con cariño y toda la familia se cerró sobre Vicenzo, los italianos saben cuidar de lo suyos, así que aparecieron familiares desconocidos de todos lados para acompañarle en el entierro. Su hermano seguía sin aparecer.

El entierro fue muy emotivo, sus padres eran muy conocidos en el barrio, el asunto salió en las noticias y ocupó un pequeño rincón de las primeras planas. El detective que le dió la noticia se llamaba, Philippe Callahan, asistió al entierro y le hizo un gesto con la cabeza desde la última fila del cementerio.

Pasados dos días la policía consideró que ya era oportuno interrogarle, lo citaron en la comisaría. Callahan había traido café y se lo llevó, la conversación iba a tener lugar en su despacho.

-¿Qué tal va esa mano?.

-Mejor, gracias.

-Estupendo- buscó un paquete de chicles y se puso a jugar con él, se le notaba que no sabía por dónde empezar.

-Lo primero, no te citamos como sospechoso, quiero dejarlo claro, sino como testigo, en estos dos días hemos sabido algunas cosas y seguimos varias pistas.

-¿Quien lo hizo?.

-Parece que está claro que fue la Mafia, ¿qué familia?, de eso se trata. Hace unos días atracaron un furgón blindado con una fortuna procedente de los casinos legales e ilegales propiedad de la familia para la que trabaja tu hermano. El robo puede que lo cometiera otra familia, eso no lo sabemos, el caso es que hay quien sospecha que tu hermano se hizo con el dinero del robo, fueron a casa de tus padres...eh, bueno, pensaban que ellos ocultaban a tu hermano o al dinero, y los mataron.

-¿Los asesinos piensan que mi hermano robó el dinero del furgón?.

-Algo así, y por eso andan buscándolo, es posible que sea la familia para la que trabaja, o que sea otra familia, en cualquier caso más vale que esté bien escondido porque su vida corre peligro.

-¿Y qué puedo hacer yo?, mi hermano siempre fue muy reservado con sus cosas, cuando empezó a trabajar para el constructor ese no nos decía nada de lo que hacía, sólo que hacía negocios de compra y venta de solares.

-Voy a enseñarte unas fotos, quiero que me digas si alguien te resulta aunque sea vagamente familiar, si es amigo de tu hermano, o jugaba a las canicas con él.

-Haré lo que pueda.

El policía movió la pantalla de ordenador, ya tenía preparada una búsqueda de sospechosos y fue pasando las fotos muy lentamente.

-No tengas prisa, tómate tu tiempo.

La sucesión de fotos era interminable, duró más de hora y media, el detective entraba y salía, sin embargo, ninguna cara le resultaba familiar.
-Lo siento, todas esas caras..... en mi vida las he visto.- a esas alturas tenía la mente hecha un verdadero lío.
-No te preocupes- dijo sin mucha convicción el policía- lo has hecho bien.
-¿Me dirán algo cuando sepan de mi hermano?.
-Primero le haremos nosotros unas cuantas preguntas. Pero sí, te lo haremos saber.

Vicenzo salió de la comisaría agotado, triste y confuso. No le apetecía ir a su casa, aunque sus tíos le habían insistido en que se quedara con ellos, no le apetecía tener compañía. Caminó por las calles buscando el sueño, la mano le picaba horrores, según el médico aquello significaba que la cicatrización estaba en marcha, pero aquel pensamiento no le aliviaba lo más mínimo el picor. Quería quitarse las vendas con los dientes y rascarse con un rallador de pan hasta en encontrar alivio, pero no lo conseguía.

Los días dejaron paso a una época de menos lluvias y más sol, el tiempo estaba loco y todos seguían culpando a la contaminación. Los profesores de la facultad tuvieron misericordia de él y le dejaron hacer su último exámen y licenciarse. La universidad le dió un resguardo para recoger su título, y su número de licencia, con eso podría encontrar trabajo como periodista.

En el trabajo todo el mundo le dió el pésame con solemnidad, todavía no estaba recuperado, el hotel le dió una especie de indemnizacion y le dió tres semanas más de baja por accidente. Larry estaba a punto de jubilarse, Walter llevaba tiempo diciendo que se iba a ir con su hermana a Delaware, donde iba a poner una pequeña empresa de reparaciones, y Spike seguiría en su puesto.

Después de la revisión médica dió un paseo que le llevó a una de las dos copisterías de su padre. Sólo quedaba una abierta, los dos empleados le ofrecieron un dinero por el traspaso, dijo que lo tenía que pensar, pero en el fondo ya había decidido aceptar el dinero y darles la copistería. El local de la otra copistería estaba vacío, sacó el manojo de llaves y lo abrió, parecía que nadie había trabajado allí desde hacía años, los empleados habían buscado otros trabajos y se habían despedido de Vicenzo.

Se sentó tras el mostrador sobre el que estudió casi toda su carrera y cerró los ojos, se sentía cansado.

¡Blam!. Se llevó un susto de muerte, pensando que había sido un disparo, pero lo que encontró no fue un gangster apuntándole sino a su hermano, bastante pálido, con un brazo en cabestrillo y media sonrisa. El portazo que había dado lo sacó de su descanso.
-Hola Vic.
-¿Qué haces aquí?, ¡¡¿qué cuernos haces aquí?!!.
-He venido a disculparme.
-Llegas un poco tarde, papá y mamá llevan días enterrados.
-Lo sé, he estado escondido, por poco me matan Vic, todavía no estoy recuperado, pero quiero que sepas que no tuve nada que ver, fueron los cabrones de Salazzo, recuperamos el dinero del furgón, el dinero que nos robaron, sabían que lo había recuperado yo, y vinieron a por mí. Los mataron para vengarse.
-Quiero que te larges de aquí. Ahora mismo- le dijo Vicenzzo fríamente.
-Mataré a los que lo hicieron, Vic, lo juró por la tumba de nuestros padres que los mataré, pero necesito esconderme, descansar, y no puedo descansar con esto.

A los pies de Vic reposaban tres grandes bolsas de lona.
-¿Qué es eso?.
-Cuatro millones de dólares, en dinero sin marcar, dinero de la gente para la que trabajo y que he recuperado.

-Llévatelo de aquí, no pienso ayudarte, en cuanto salgas pienso ir a la comisaría a decir que te he visto, ¡lárgate!.

Antonio lo siguió mirando en silencio, su mirada tenía algo que no había sido capaz de ver en todos los años anteriores.

-Sí, me largaré y mataré a esos asesinos, pero necesito descansar, y tú me guardarás el dinero porque todos saben que no tuviste nada que ver en esto, pero si no me ayudas la policía sabrá que el mismo día que murieron nuestros padres alguien te ingresó en tu cuenta del banco diez mil dólares, y entonces se preguntarán, ¿tendría ese chico algo que ver?, ¿no será que encubrió a su hermano?, ¿no será que la mafia compró su silencio?.

-No serás capaz.

-Ya lo creo que sí, dejaré estas bolsas a tu cuidado, en un par de semanas volveré y te dejaré en paz. No intentes hacer ninguna tontería, este dinero es un imán para los problemas, si la policía te pesca con él, malo, si la familia Riggora te pilla con él, peor. Tú decides.

Antonio se dió la vuelta y se marchó con una ligera cojera. Se veía malherido, pero su astucia y maldad estaban intactas. Ese no era su hermano, o al menos no era el hermano que él conocía.

La tienda volvió a quedar solitaria y vacía, con esas tres bolsas con sus cuatro millones de dólares en efectivo.

Aquella noche, en su casa durmió peor que nunca en su vida. Pesadillas en las que entraban en su habitación y lo sacaban a rastras le hacían dudar si lo estaba soñando o estaba ocurriendo. Cuando la mañana lo despertó deseó no haberse quedado dormido. Su cabeza giraba con desesperación, sabía que no podría soportar ni dos días con esa intranquilidad, encerrado en su casa, por otra parte sabía que aquella persona que un día fue su hermano era perfectamente capaz de implicarla, la maldad con la que le miró se lo decía todo.

El miedo lo iba inundando mientras el día avanzaba, miraba cada tres segundos por la ventana, todo parecía amenazador y sospechoso. Si una furgoneta se quedaba parada y nadie salía estaba convencido que en el interior varios hombres estaban poniéndose pasamontañas y cargando sus automáticas, o tal vez era un furgón de la policía, y dentro había equipos de grabación. Los pasos en el interior de su bloque, la televisión del vecino de arriba también sonaba amenazadora. No quería poner la radio o la televisión por si lo distraía.

A las cinco de la tarde se dió cuenta que no había comido ni bebido, su cuerpo estaba tenso y se dirigía con buen paso a perder la razón. Su hermano estaba en lo cierto, aquel dinero era un imán de maldiciones.

-Siempre supe lo que tenía que hacer- se dijo a sí mismo.

Se quitó la ropa y se puso el traje de empleado de mantenimiento del Hyatt, se colocó una gorra, una gabardina y cogió el primer petate con 1.33 millones. Lo escondería en su suite secreta del Hyatt, y por último se escondería él.

-Dios, antes de volverme loco quiero hacer una oración cuerda, me da igual si me matan, pero por favor, que este dinero no se lo lleve ni mi hermano, ni los amigos de mi hermano, ni los enemigos de mi hermano. Amén.

Dicho esto salió del apartamento. Eran las ocho de la tarde. El miedo que había pasado en la noche y durante el día le habían vuelto insensible. De hecho silbaba tranquilo mientras llevaba a sus espaldas más de un millón de dólares, se metió en el metro, ahora las caras eran indiferentes, no había matones escondidos en los cuerpos de ciudadanos honrados, ni esquinas oscuras con gangster dentro.

Llegó a la parada de metro del hotel y pasó el control sin ser visto. Entró en el la zona cero y dejó el primer petate. Dió el viaje dos veces más. Le importaba un maldito pimiento que lo pillaran o que aparecieran SWAT descolgándose del techo, eso no iba a estropearle el día. Cuando llevaba el tercer petate miró fijamente a la cara del de seguridad, este le musitó un "buenas noches" inaudible y siguió mirando su pequeño televisor con el programa de

Larry King.

Cuando el tercer petate estuvo dentro, se quitó la gorra y cayó en la cama de matrimonio, después de eso sólo recordó quitarse las botas a media noche y seguir durmiendo. Allí estaba seguro.

Desde las sábanas blancas de su cama miró el reloj de su teléfono móvil, marcaba las doce y media. Luego pensó, ¿dónde estoy?.

-En mi suite- se dió la vuelta y pensó "han pasado dos días desde el ultimatum de mi hermano, ¿qué fue lo que dijo?, dos semanas, ok, pues yo voy a desaparecer en menos tiempo".

Se lavó la cara y se despabiló. La tranquilidad no tiene precio, no tiene precio. Abrió el portátil y miró en la web de su banco si era cierto que le habían ingresado ese dinero. Completamente cierto, él no solía llevar el control de sus pobres finanzas, y más desde que trabajaba y se sentía rico. Los periódicos digitales no decían nada acerca de la investigación del furgón robado, mejor. Minimizó la ventana del navegador de internet y creó un nuevo fichero de texto con su procesador Open Office, iba a escribir una lista de las cosas que necesitaba para estar escondido mil años en la suite de la tranquilidad, de vez en cuando para inspirarse maximizaba la ventana del navegador y miraba algunas tiendas virtuales para tomar ideas. Llenó un folio. Lo copió en papel y salió de allí, hizo una primera parada en su casa para llevarse algunas cosas personales, su disco duro portátil con todo su fichero personal entre otras cosas, luego bajó al super con su lista de la compra y llenó otro petate con comida y artículos de necesidad. Hizo tiempo hasta las ocho de la noche, y volvió a entrar por la puerta de empleados, ese era su adiós al mundo, ahora sí que no le encontrarían.

El pasillo de la comúnmente llamada zona cero permanecía solitario e ignorado al resto del hotel, y mucho menos el final de ese pasillo oscuro donde un estrecho hueco le dejaba pasar al interior de una suite por la que muchos pagarían un dinero.

Las dos semanas de ultimátum fueron pasando con placidez. Internet era su único vínculo de comunicación con el exterior, la televisión la veía menos. Su amigo Duncan preguntó por él desde el cliente de mensajería.

-¿Dónde te escondes tío?- le preguntó Duncan desde una ventana de chat de texto.

-Me he dado unas vacaciones-

-¿Y se puede saber dónde te metes?, ya te licencias y te olvidas de los colegas de fatigas.

-Estoy harto de todas las movidas que han pasado con mi familia, quería poner tierra de por medio y descansar, no me verás por un tiempo.

-Nada, si necesitas compañía cuenta con tu colega, seguro que donde estás hay más tías que en mi barrio.

-No me extraña, a ver si eres tú el que las espantas.

-Imposible, con estos músculos y esta cara no se resisten.

-Seguro, pero no hay tía que aguante ni media hora de nuestra conversación sobre Star Trek.

-Ellas se lo pierden, ciudadano.

Aquel encierro le sirvió para profundizar en internet y descubrir el mundo del que su amigo Duncan le había hablado, muchísima gente que vivía de continuo allí, llenaban los chats, charlaban con los programas de mensajería, escribían, jugaban en red, leían webs, escribían blogs, escuchaban música de emisoras de internet, hacían podcast, como muchas veces le había dicho Duncan: "no necesitas buscar nada más".

Las dos semanas le hicieron ver que su encierro podría ser bastante soportable, incluso deseable.

El día catorce de su segunda semana sonó su móvil. Esperaba esa llamada, era un

número desconocido. Le había pillado bebiendo un vaso de limonada en polvo enriquecida con vitamina C (se había obsesionado con la vitamina C, no quería sufrir escorbuto, como los marineros que vivían encerrados en barcos por años). Estaba viendo una de sus películas favoritas de su archivo de 630 películas descargadas de internet o copiadas de sus amigos, el título de la película era "Motín a bordo" con Mel Gibson en el papel de amotinado sin escorbuto.
-Hola hermanito.
-Hola Antonio.
-Evita dar nombres, ¿quieres?.
No respondió.
-Tienes algo que me pertenece, ¿dónde te has metido?.
-Donde no puedas encontrarme.
Ahora el silencio lo puso su hermano.
-¿Qué estás diciendo?.
-He decidido tomarme unas vacaciones, cogí un avión y me largué de la ciudad.... estas compañías aéreas de bajo costo te llevan a cualquier sitio por poco dinero.
-Espero que no estés hablando en broma, no sabes con qué tipo de gente estás jugando.
-Creo que sí, te lo ví en la cara cuando viniste a la copisteria, Antonio.
-Eres hombre muerto, no habrá lugar donde te puedas esconder que no te encuentren, no lo hagas difícil.
-Escucha, antes de irme le mandé una cartita a mi amigo el detective Callahan, le dije que te había visto en la ciudad, que me habías confesado tu culpabilidad y que me habías amenazado de muerte, que me cagué de miedo y me largaba.

Su hermano colgó.

La conversación no le había dejado buen sabor de boca, podía respirar el odio y la muerte que su hermano ahora desprendía, y no le gustaba esa sensación. No volvería a hablar con él, nunca, sus padres habían muerto por su culpa, se merecía lo que le ocurriera. Seguramente haría lo imposible por recuperar el dinero, de lo contrario sus propios amigos le matarían, esa gente no tenía otra lealtad que los billetes verdes.

El teléfono volvió a sonar al día siguiente mientras se cepillaba los dientes, lo dejó sonar. Era el día 15 de su encierro voluntario. Había estado leyendo en los foros de internet que mientras no recibiera la llamada no podrían localizarle. El mensaje en el contestador era una serie de amenazas sin conexión e insultos. El mensaje que su hermano había dejado había dejado el tono amenazador para suplicar por su vida, decía algo así: "Estás muerto. Estoy hablando con un hombre muerto. Todos te están buscando. Te encontraremos y te lo haremos pasar mal. Muy mal." No, desde luego que no tenía intención de bajar ni a comprar el pan.

Día 16. Volvió a sonar al día siguiente mientras él estaba buscando trabajo por internet, había puesto su curriculum en varias empresas de trabajo, la condición era que tenía que trabajar por internet, para eso era periodista. Encontró trabajo como redactor de noticias de Agencia, era un trabajo estúpido y mal pagado que consistía en recibir los comunicados de prensa de las principales agencias y volverlos a redactar con algo más de estilo. La empresa que se decidió a contratarlo era un periódico de la costa Oeste. Le pagaban por noticia redactada a un precio de 1,13 dólares, el cálculo que le habían hecho era que a un ritmo de 30 noticias diarias se podía sacar la fabulosa cantidad de 530 Euros. Muchas noticias no necesitaban más de dos párrafos, con lo que tampoco era un trabajo estresante.

No tenía otra cosa que hacer en todo el santo día, así que abría una de sus emisoras de música étnica favorita de internet y se ponía a trabajar, entraba en la página de la empresa y hacía un pedido de sus treinta noticias, éstas le llegaban por correo electrónico, seleccionaba la primera, y con ingenio y cierto estilo la redactaba, la clave estaba en no decir más de lo que la noticia decía, pero decirlo de forma impactante. Luego pasaba a la segunda noticia, y a la

tercera. Cuando se daba cuenta eran las once y media de la tarde. Se había racionado la comida, calculaba que podría aguantar tres meses sin tener que salir a por más provisiones, como mucho podía ir al cuarto de empleados, tomar café gratis, mirar si quedaban donuts del día anterior, o coger un sandwich de la máquina. Con mil calorías y sus vitaminas aguantaba perfectamente, tampoco necesitaba más, dado que a parte de hacer un poco de gimnasia por las mañanas su actividad física no era excesiva.

Pronto consiguió establecer un buen ritmo de trabajo, terminaba sus 30 noticias diarias y volvía a la web de su empresa a pedir otras diez noticias, llegando a hacer una media de 50 noticias. El primer mes que cobró sacó 1.096 dólares, lo cual no estaba nada mal, el dinero fue a parar a la cuenta de su banco, donde quedó bastante inmóvil. Tanto como los 4 millones de dólares que tenía en el armario de su suite.

Por las noches, cuando dejaba el trabajo (con cierto fastidio, todo hay que decirlo), se estiraba y daba un paseo por la habitación mientras miraba la CNN en la tele, miraba furtivamente por la ventana, y bailaba con la MTV. Comenzó a seguir algunas series de televisión, y después de cenar, o bien miraba alguna película de las que tenía en su disco duro externo, o se conectaba a los chats de internet. Antes de las doce estaba en la cama y conforme fueron pasando los días dejó de soñar con hombres con pasamontañas y bates de béisbol que entraban en la paz de su suite para secuestrarlo.

Día 78. Su despensa comienza a escasear. Desde su ventana ve enfrente de la calle un supermercado. Ha observado que este abre a las seis y media, los empleados del turno de día entran a las ocho y media, si se da prisa puede ir, comprar y volver a entrar. Los de seguridad no hacen preguntas si vas con uniforme, y además, en la zona de empleados no hay nada que robar, aunque tengan acceso a otras plantas del hotel. La idea le atrae poderosamente, además, quiere variar un poco su dieta, está hasta las narices de legumbres, puré de patatas y pasta.

Vuelve al trabajo, ha desarrollado tal práctica que puede oír las noticias y escribir a la vez. Una de las muchas aficiones que ha desarrollado es mantener una página de web de crítica política y de actualidad que actualiza unas cuantas veces al día, muy lentamente está acumulando una base de lectores. Además, escribe en los foros del Washington Post y del Herald con asiduidad. Incluso ha llamado a un programa de radio para dar su opinión sobre el incremento del gasto militar. No, no se aburre.

Día 79. Se puso sus mejores galas de empleado del Hyatt, se cortó el pelo a sí mismo, disimulando con su gorra los trasquilones que se haya podido dar. a su espalda tiene su petate. El pasillo de la zona cero sigue igual de desierto que siempre. Tomó el ascensor, a esa hora no hay nadie. Cuando llega a la primer planta encuentra a un paquistaní limpiando el pasillo. Le dió los buenos días, a lo que el hombre no respondió nada.

Cruzar la puerta de entrada y salir a la calle es toda una experiencia embriagadora, ruido, coches, y gente, aunque a esa hora no hay demasiada.

Cruzó la calle y se dirigió al supermercado, no hay apenas gente, así que no está excesivamente preocupado, no cree que su hermano se espere que está en la ciudad, con todo, Nueva York es demasiado grande.

Las estanterías repletas de abundancia del supermercado le dan la bienvenida. Saca del bolsillo la lista de la compra y comienza a llenar su carrito. Papillas de bebé, leche en polvo, carne de soja, galletas. Llena medio carrito y paga con su tarjeta. La cajera es una chica jóven de raza negra con rastas que le llegan por la cintura, pasa la tarjeta por el dispositivo y le dice:

-Setenta y seis con ochenta, ¿cuantas bolsas quiere?.

Una ducha de alivio le recorre el cuerpo y piensa: "¿Por qué narices me pongo nervioso como si las tarjetas fueran robadas?". Metió las bolsas en su petate militar y cruzó la calle, el de seguridad le recibió con un bostezo y otro sonido inexplicable.

Cuando terminó de guardar todos los víveres en su despensa/armario se dice:
-No ha sido tan difícil, ¿verdad?- pero el corazón le late a mil.

Día 85. El día comenzó con una buena noticia. Le llegan dos ofertas de trabajo, una del New Republic, para escribir una columna diaria en su matinal de lunes a viernes. La otra es una oferta del Sunday Times, para escribir un reportaje semanal para su suplemento de los Domingos, ellos le dan la lista de temas. Son dos buenos trabajos que le permitirían pagar el alquilar (si tuviera uno que pagar), sus facturas, unos cuantos vicios y ahorrar algo de dinero. Les dice que sí a los dos.

Día 90. Ese día lo celebra comiéndose un pastelillo que había comprado y reservado para la ocasión, es si trimersario y sólo tiene razones para estar agradecido al Cielo, primero por estar vivo, segundo por no estar desesperado. El trabajo le mantiene ocupado, escribe sus treinta noticias de teletipo, su columna diaria, y su reportaje semanal, además mantiene su web con noticias, se suscribió a dos periódicos y un par de revistas on-line de política. Además, su vida social no está nada mal, tiene un grupo de amigos con los que casi cada noche se reune en la red para hablar del día, de partidos de fútbol y cuentan chistes malos. Tres son periodistas, uno es abogado en Cleveland, y la quinta es una mujer, profesora de baile, con la que todos fantasean.

Se siente tremendamente valiente, es Sábado y no quedan los habituales de mantenimiento, así que se pone su uniforme de empleado y sale. Enfrente, además del super hay un restaurante, se da una comida extraordinaria (acostumbrado a comer poco no termina ningún plato), y va al super a hacer una compra de algunas cosas necesarias y algunos caprichos. Cuando termina su compra cruza la calle y mira de reojo al de seguridad, este es distinto.
-¿Qué llevas ahí chico?-

Es la primera vez en su vida que oye decir nada al de seguridad. De hecho dudaba que tuviera cuerdas vocales hasta ese preciso momento. Siente calor por todo el cuerpo, parece que lo van a encontrar y le prohibirán entrar, si le prohiben entrar está perdido.
-Mi jefe... el señor Larr... Larry me pidió que comprara algo de comida para el cuarto de los de mantenimiento, tengo chocolatinas... y...
-Vale, vale, tranquilo joder, era hablar por hablar.

Se despidió de él y pasó de largo. "Debo haber quedado como un idiota", piensa cuando cruza el pasillo lleno de horarios y anuncios de habitaciones para alquilar. "Idiota, idiota, idiota". Sin embargo se ha dado cuenta del peligro que corre, siente que es el momento de recapacitar y tener un plan de fuga.

Día 105. Terminó de leer un gran libro, uno de Jack London, "El vagabundo de las estrellas", y le ha encantado. Trata de alguien que está en prisión y sus esfuerzos para liberar su espíritu de las paredes de su celda. En cierto sentido él está como Darrel Standing, el protagonista, en una confortable prisión, y su forma de liberarse no es practicar los viajes astrales sino conectarse a internet. Cambió de proveedor a uno nuevo que ofrecía un ancho de banda mayor, completamente inalámbrico, en un desarrollo posterior al Wimax. Ahora dispone de 150 megas de ancho de banda, una velocidad increíble, a esa velocidad no necesita descargarse cosas a su disco duro, ha contratado un servicio de televisión sobre IP con 75 canales, en algo tiene que gastarse su sueldo de periodista.

Eran las dos de la mañana y estaba charlando con una nueva mejor amiga. Se conocieron a través de una serie de amigos, por medio de uno de los nuevos inventos de internet que eran las redes sociales, un amigo le presentó a una amiga, y esa amiga a esta chica, se llamaba Stacey, tenía 24 años, era una monada, alegre, y trabajaba haciendo prácticas en una emisora de radio. Cada día charlaban haciendo videoconferencia, se contaban cómo iba su trabaja, tonteaban un poco, y en menos de media hora cortaban la conexión. Después de cada conversación siempre terminaba con una agradable sensación por

todo el cuerpo.
-Tú si tienes suerte de poder trabajar desde casa- le dijo ella, estaba sentada en el salón de su apartamento de mujer independiente, algo despeinada, y llevaba una sudadera de los Bulls.
-No me quejo, pero tienes que reconocer que no todo el mundo valdría para un trabajo como el mío, algunos se deprimirían, otros se darían a la bebida, y unos pocos terminarían hablando con desconocidas por internet.
-Tú no eres ninguno de esos ¿verdad?- dijo ella levantando una ceja, no le miraba directamente, sino a la webcam que tenía encima de su pantalla.
-Ni tú eres ninguna desconocida-
-Bueno, tengo una compañera de trabajo que no piensa lo mismo, dice que aunque te pases una año entero hablando con una persona por internet esa persona siempre será una desconocida.
-No sé si estoy muy de acuerdo, al final, ¿qué es la comunicación?, hablar, transmitir ideas, ver las expresiones de la cara, confiar, todo eso lo podemos hacer por internet, menos darnos una palmadita en la espalda, o tirarnos de las orejas el día del cumpleaños.
-Ella me contó un par de historias de gente que conoce- Stacey se agachó y cogió al gato, al que llamaba Portos, el cual la ignoraba con toda la chulería propia de los gatos, aunque ella le dispensaba todo tipo de atenciones- Portos, saluda a Vicen, di "hoooola Vicen"....- ella le hablaba como a un bebé, mientras el gato se distraía mirando cualquier cosa que se moviera por encima de la webcam- ¿por dónde íbamos?.
-Me ibas a contar una historia aterradora de una amiga que conoció a un psicópata por internet.
-Algo así..... ¿cómo era?... sí, ya recuerdo, resulta que ella tiene una prima que conoció a un chico por internet, el chico era divertido, guapo, etc... estuvieron un tiempo hablando y finalmente decidieron conocerse.
-No me digas más, el tío era horrendo y le estafó con una foto de él hacía cinco años con veinte kilos menos.
-Espera, que no me dejas terminarrrrrrr, el chico era de otro país, España, México, ni idea, y se fué a pasar quince días al piso de ella en San Diego, pero no hablaba nada, nada de nada, era... muy extraño.
-¿A qué te refieres con que no hablaba nada?.
-No sé, sólo quería estar con ella, y era muy tímido, no decía gran cosa, luego ella tenía que trabajar, pero él cuando ella estaba fuera no salía de su piso, se quedaba encerrado todo el día sin salir.
-Uau, vaya historia, me ha aterrorizado......- bromeó él.
-¡No en serio!, lo que ocurrió es que el chico era completamente distinto a cómo se mostró por internet.
-¿Tú crees que yo soy distinto a cómo me comporto aquí?.
-No sé, ¿te gusta salir a la calle vestido de mujer?.
-Eso depende de la medicación que esté tomando.
-En ese caso tendremos que probarlo, ¿cuando quedamos?.
-Voy a estar en Nueva York un par de días, eso será el Jueves, tendré bastante trabajo, pero podríamos vernos en el vestíbulo del hotel, me han dicho que tiene bar y restaurante.
-¿Te estás volviendo agorafóbico?.

Sí, pensó él, desde que la mafia local me busca para torturarme y matarme estoy bastante agorafóbico.

-Puede.
-¿En qué hotel estarás?.
-El Hyatt, ¿lo conoces?.

Ella se quedó muda, abrió la boca, sonrió y exclamó:

-Me estás tomando el pelo, ¿verdad?.
-No, de verdad, estaré en ese hotel, el Republic paga los gastos, de algo tenía que beneficiarme ser uno de los columnistas menos leídos de todo nueva York, ¿no?.
-¿A qué hora?.
-¿Te viene bien el Jueves a las ocho?, estaré en el bar del hotel.
-¿Llevarás algún distintivo?.
-Claro, llevaré un traje de señora a lunares rojos sobre verde, y un sombrero de paja.
-¿Dónde te sentarás?, no se si te podría reconocer....
-Si no puedes habla con los de seguridad del hotel, ellos me estarán vigilando estrechamente.
-Está bien, nos vemos el Jueves, ¡y no te quedes mudo, eh!.
-Hasta el Jueves....

Y cortaron la comunicación. El Jueves era dentro de dos días. Llevaba tiempo deseando hacer esto, su refugio era seguro, pero cualquier día podían encontrarle, desde el incidente con el guardia de la garita fué consciente del peligro.

Cerró la ventana del programa de mensajería y pasó al teléfono IP, este era un servicio de teléfono sobre internet, su empresa de internet le daba llamadas locales gratis, y llamadas a móviles por una tarifa muy económica. Además disponía de servicio de contestador telefónico. Marcó un número en el teclado, una voz femenina casi robótica le saludó.
-Hotel Hyatt, buenas noches.
-Buenas noches, quisiera hacer una reserva de una habitación individual.
-¿Para qué fecha señor?.
-Llegaré el Jueves, bien temprano, como a las 6.30 de la mañana.
-Un segundo por favor- tiempo de espera y teclas que suenan- de acuerdo, disponemos de dos tipos de habitación individual, turista, y preferente, el precio de la turista es de 120 dólares con desayuno buffet incluido, y el de preferente 150, ¿cual prefiere?.
-Preferente- dijo rápidamente, luego se arrepintió, y simultáneamente una voz en su mente le dijo "¡estúpido!, tienes cuatro millones de dólares y el sueldo intacto, te lo puedes permitir". Entonces se relajó.
-¿Cuanto tiempo estará con nosotros, señor?.
-Eso quería preguntarle, es posible que esté más de un mes, ¿eso supone algún inconveniente?.
-En absoluto, señor, en ese caso le tenemos una tarifa especial para estancias prolongadas, con un descuento de 7% si se hace cliente de nuestra tarjeta Class, esta tarjeta no tiene costes de mantenimiento y le permitirá acumular puntos además de descuentos y promociones entre clientes, ¿le interesa contratar la tarjeta?.
-Claro.... si.

La señorita le pidió los datos personales, bancarios y le confirmó la reserva.
-Muchas gracias, señor Escalpone.
-A ustedes, hasta el Jueves.

Había pagado un mes por adelantado con su tarjeta, 4.324 dólares con cincuenta centavos, una verdadera fortuna, aunque el dinero no era problema, no podía evitar sentir un pinchazo de dolor al pensar en esa cantidad.
-Pero al menos viviré más tranquilo, y no tendré que vivir a base de sopas de sobre y sacar la basura de noche, como las ratas.

Día 107. Lo había dejado todo preparado, de momento se llevaría consigo dos millones, dejando el resto en su suite oculta, se llevaba el portátil su disco duro extraíble y dejaba la comida bien guardada. Además, sólo se llevaba una parte de la ropa, siempre podía comprar otra más adecuada.

Eran las cinco y media de la mañana y estaba un poco nervioso. Pero no había nada que temer, se había puesto el uniforme de empleado para salir, luego se quitaría la camisa y la

gorra de empleado, quedando con una gabardina y una camiseta. Se había afeitado y llevaba sus gafas para darse un aire más profesional.

Salió a las cinco cuarenta y cinco, era bien cerrada la noche, iba cargado con tres bolsas, dos con el dinero, y una con ropa y objetos personales, además llevaba el portátil, menos mal que la distancia a recorrer era poca. Cuando se acercó a la entrada del hotel, uno de los porteros se le acercó.

-¿Viene al hotel señor?.

-Sí.

-Permítame que le ayude- y cogió las bolsas con el dinero, "tenga cuidado con mi equipaje, ahí van dos millones".

-Muchas gracias-le dijo sin perder de vista las bolsas con el dinero.

Cruzaron las puertas de cristal y entraron en la lujosa recepción, el contraste entre las catacumbas donde trabajaban los empleados y el paraíso donde estaban los clientes era abismal.

-Buenas noches... o buenos días- dijo sonriendo con timidez.

-Verá, tengo una reserva, dije que iba a llegar a las seis y media pero me he adelantado y....

-¿A qué nombre?.

-Vicenzo Escalpone- su nombre y apellidos nada americanos siempre le daban cierto complejo.

-Está bien Señor Escalpone, su habitación está lista- la chica sacó un impreso de llegada y una tarjeta que era la llave de la habitación- firme aquí por favor.

Se inclinó y firmó el impreso de llegada, en cuanto la chica miró que había pagado por adelantado su nivel de cortesía subió dos octavas más.

-Aquí tiene el mando a distancia de la televisión, es compatible con el equipo de música, y aquí- dijo enseñándole unos folletos- los horarios de restaurante, gimnasio, y los servicios del hotel, si tiene cualquier pregunta llámenos a recepción. Tiene la habitación 1509, planta quince.

-Muchas gracias.

-Feliz estancia-

A estos empleados se notaba que les habían prohibido que el cliente fuera más cortés que ellos. Buscó el ascensor central, según las indicaciones de un uniformado botones de diecinueve años.

-¿Su primera vez en el Hyatt, señor?- dijo el jóven mientras sujetaba la puerta del ascensor con una mano.

-Sí, y muy impresionado, es un hotel muy bonito, ¿qué tal es el gimnasio?.

-Excelente, está las 24 horas abierto, la piscina es la gran estrella, le recomiendo visitarla.

El ascensor se detuvo en la planta quince, un pasillo interminable a ambos lados se perdía en un alfombra espesa. El jóven le llevó a su habitación.

-Aquí está, habitación 1509- puso las maletas en la cama y corrió las cortinas, le enseñó el equipo de música, la televisión con reproductor de DVD, etc... estaba haciendo tiempo y méritos para su propina. Vicenzo echó mano a la cartera, pero sólo tenía billetes de cien, rebuscó en los bolsillos pero nada, el dinero en efectivo que tenía procedía del robo al furgón.

-¿Cómo es su nombre?.

-Albert, señor.

-Albert, quisiera pedirle un favor, puede que una amiga venga a visitarme esta tarde- dijo inventándose una excusa para soltarle los cien pavos- ¿podría conseguirme una botella de vino rosado?.

-Cómo no señor.

-Muchas gracias Albert- y le dió la mano con los cien pavos. El chico miró el billete y se quedó de piedra.

-Hablaré con el Sommelier para que escoja un buen vino. Mil gracias, si necesita cualquier cosa más pregunte por mí en recepción.

Albert se despidió con una leve reverencia dejándole a solas en su nueva habitación. La vista era mucho mejor, una cesta de frutas en la mesa le daba la bienvenida con una tarjeta nada personalizada.

-¡Fruta fresca!- dijo cogiendo un plátano, hacía meses que no comía cosas tan naturales. Lo comió con verdadera delicia mientras daba una vuelta a la habitación, más pequeña que su suite, pero mucho más confortable. Puso su ropa en el armario, el portátil en el escritorio (el hotel disponía de Wifi y Adsl, pero el prefería su ISP con sus 150 megas de ancho de banda). Se cambió de ropa y se echó en la cama, la adrenalina todavía flotaba en su torrente sanguíneo.

-No ha sido tan difícil, de no ser por los malditos nervios.- cogió el portátil y miró en Google bancos que operaban por internet exclusivamente, encontró publicidad de uno de ellos, Sommerbank, el nombre le sonaba vagamente, miró las condiciones y la forma de hacer ingresos, la información decía que aceptaban ingresos por transferencia y a partir de mil dólares por una empresa de mensajería especializada sin coste alguno. En un foro de la red había leído que el fisco no se alarmaba si hacías ingresos por debajo de los tres mil dólares. Contrató una cuenta y dió orden para que viniera un mensajero a recoger un ingreso de dos mil quinientos dólares. Ellos le informaron de su número de cuenta y del número de su tarjeta, con el que podía operar desde ya.

La fruta que había comido le comenzó a causar un efecto somnífero, lentamente cerró el portátil y se fué quedando dormido. La primera fase del sueño fue bastante plácida, soñó con el mar, ¿cuanto tiempo hacía que no veía el mar?, ni se acordaba, pero en el sueño tuvo la necesidad de ver el mar, con todo lujo de detalles vió una playa que abrazaba toda la extensión de un mar azul intenso, bajo un cielo sin nubes. ¿Qué hacía falta para estar allí?, en ese momento hubiera estado dispuesto a hacer cualquier cosa por llegar a aquel lugar. Miró sus pies descalzos y encontró una arena blanca y fina como harina, hundió los dos pies en aquella arena fresca.

Alguien llamó a la puerta. Se dió media vuelta pensando que tal vez fuera una habitación de al lado. Los golpes insistieron, con más rápidez.

-¡Policía!, ¡abra la puerta!.

Se levantó de la cama de un salto, el corazón palpitando y los oídos zumbando.

-¡Servicio de habitaciones!.

Se puso de pie descalzo, no le quedaba otra opción que abrir la puerta.

Una mujer de unos treinta y cinco años vestida de camarera le miró:

-Servicio de habitaciones, ¿necesita alguna cosa?.

-......- no supo qué responder.

-¿Necesita toallas, gel...?.

-No, muchas gracias, tengo de todo.

-De acuerdo, buenos días.

-Buenos días.

Eran las once y media. Debía aprender a tranquilizarse, la mafia. Cerró la puerta y se quedó mirando el plano de la planta con las salidas de emergencia en caso de incendio. "Estás paranoico".

Volvió a la habitación, se decidió entre el mando a distancia y el portátil, pero escogió el portátil, Internet siempre tenía mucho más que ofrecer. Su amigo Duncan estaba (como siempre) conectado al cliente de mensajería Skype, esta vez se decidió por un chat de vídeo y voz. Hizo la llamada y esperó menos de tres segundos en que Duncan le respondiera. A los pocos segundos apareció la conocida cara de su amigo, con una camiseta y su desordenado cuarto de fondo. Estaba despeinado y su camiseta estaba muy arrugada.

-¿Tú es que no tienes vida?-le dijo a su amigo.
-Claro que no, estoy con un proyecto que me puntúa en la nota final.
-Claro, ¿y cuando no estás estudiando qué haces?.
-Escucha, mi querido Padawan, aquí tu amigo estuvo con dos señoritas anoche, bailando hasta las dos de la mañana, y bebiendo Caipiriña en el Rocko.... mira y aprende chaval.
-¿Y además de bailar hicisteis algo más?.
-No todo en la vida es sexo, querido Freud.
-Desde luego no todo en tu vida lo es, aunque tampoco yo puedo dar lecciones.
-¿Sigues aislado del mundanal ruido?.
-Sí, pero un poco menos, esta noche he quedado con una colega profesional en el bar de un conocido hotel para tomar unas copas e intimar.
-¿Y de qué conoces a esta dama?.
-.....
-Tu silencio te delata capullo, ¡la has conocido en internet!, ¡serás mamón!, a partir de ahora no quiero oir una sola palabra de mis ligues, y dime, ¿es de la religión Trekkie o no?.
-No, no es una fan.
-Ohhh, qué aburrido, bueno, siempre os quedará el sexo.
-Olvídate de sexo, es una sana y bonita amistad entre dos periodistas.
-Lo cual quiere decir que la tía esa es un esperpento.
-Ni mucho menos, es todo un bombón, espera- minimizó la ventana del Skype y abrió la carpeta de sus documentos, allí en sus imágenes tenía una captura de pantalla de la cámara de video de ella- te mando una foto de gran calidad de ella con su gato Portos.

Pudo ver la cara de sorpresa de su amigo, analizando la foto, mirando detalles, pistas de una falsificación.
-Joooooooooder-
-¿Es guapa la chica, eh?.
-El gato es una pasada, ¿cómo has dicho que se llama?.
-Qué mala es la envidia.
-Es un bombón- dijo su amigo ahora con más sinceridad.
-Ya te lo había dicho.
-Bien, ¿cual es tu estrategia?.
-No tengo estrategia, a no ser que salte encima mía. Supongo que esto constará como el primer contacto, charla agradable, y en menos de dos horas despedida y cierre, a otra cosa mariposa, si seguimos en contacto habrá posibilidades.

Duncan negó con la cabeza.
-Error, amigo, error, ¿tú te estás oyendo?, te diré algo sobre las tías que he aprendido en mis viajes por el universo, como entres en la categoría de "buen amigo" de ahí no te saca nadie, el siguiente paso es que un día llegará contándote que ha conocido a un chico especial para compartir contigo, el buen amigo, la gran noticia, y tú pensarás, ¿y para eso he estado dos años escuchando sus chorradas y mirando escaparates?.
-Eso suena muy romántico.
-Es una verdad como un templo, ponte ahora mismo de rodillas y canta "Oh Duncan alabamos tu sabiduría"....
-Ahora mismo. Bueno tío, te voy a dejar, tengo que comerme el coco y ponerme nervioso antes de la gran cita....
-Estaré despierto hasta las tantas, quiero un informe detallado, exhaustivo de inmediato.
-Lo tendrás.

Vicenzo se despidió de su amigo y cerró la ventana de la video conversación en el programa Skype. Este programa comenzó como el no va más, luego la empresa que pagó una millonada por él se fué a la quiebra, y finalmente lo liberaron, dejando que la comunidad se

ocupara del desarrollo. Terminó volviéndose un standard. Los niños de ahora ya no sabían qué era el msn.

Se llevó el portátil a la cama y se puso a leer los diarios del día, pasando algunas noticias rápidamente, y otras no. Luego abrió la carpeta con sus trabajos pendientes y estuvo revisando el artículo para el Domingo de la siguiente semana, abrió el reproductor de mp3 y éste aleatoriamente, en función de sus preferencias le puso "El muro" de Pink Floyd. Eso le ayudó a meterse en el trabajo, tardó cuarenta minutos en revisarlo y repasar sus notas. Terminó y se puso de pie, miró por la ventana, hizo unas cuantas flexiones y se bebió una botella de agua mineral. Cambió el portátil a la mesa y abrió Thunderbird para mirar el correo.

A medio día se armó de valor y decidió bajar al restaurante. Seguía teniendo pánico de bajar a la calle y encontrarse con los amigos de su hermano, pero ya habían pasado algunos meses, no había peligro en el hotel y.... quería una comida decente.

Cruzó el pasillo y entró en un ascensor con dos señoras mayores que no hicieron más que mirarlo detenidamente. Cuando dejó el ascensor ellas comenzaron a hablar. La planta en la que estaba el restaurante era una de las últimas y allí todo cambiaba, la moqueta era más espesa, había mucha más luz exterior y la sala comedor era enorme, a la entrada el jefe de sala tomaba nota del número de habitación y te encaminaba.

-¿Su número de habitación, señor?.- la voz le resultaba conocida, se volvió a mirarlo y sintió cómo las venas se le llenaban de agua helada. Era el señor Donahue, el reptil chupatintas explotador de empleados. Un par de segundos que se le hicieron eternos.

-¿Señor?.

-Sí.

-¿Me indica su número de habitación?.

Al parecer no le había reconocido.

-La 1.509.- Ufff, pensó, me he librado de una buena....

-¿Su nombre?- Donahue le hizo la pregunta de forma rutinaria.

-Vicenzzo Escalpone.

El tiempo pareció detenerse otra vez, en esos interminables segundos le dió tiempo a pensar en todas las reacciones negativas que Donahue podría tener, pero este se limitó a levantar la vista de su listado de ordenador y decir.

-Puede tomar la mesa que guste, buen provecho.

Se dirigió a la mesa más apartado a ritmo de latido cardiaco. ¿Lo había pillado?, desde luego si lo había reconocido lo había fingido bastante bien, demasiado bien. Donahue veía muchos clientes al cabo del día, y chicos de mantenimiento como él habrían pasado unos cuantos. Tenía que tranquizilarse y dejar de mirar a la gente como si estuviera loco, se sentó en su mesa y estudió el menú con fiera pasión mientras se iba relajando.

Un camarero se acercó a tomarle nota, Viz aprovechó para buscar a Donahue en su atril de recepción de comensales, pero no lo encontró allí, ¿eso era bueno o malo?.

-¿Le tomo nota, señor?.

-Sí, póngame una ensalada Capri con parmesano y de segundo el revuelto de setas con puntas de solomillo.

-¿De beber?.

-Media botella de tinto de la casa.

-Muchas gracias.

El camarero se retiro. Volvió a pasear la mirada por el comedor y encontró a Donahue hablando con uno de los camareros, seguramente dándole instrucciones con superioridad, como siempre.

Disfrutó de su primera comida en condiciones y observó a la clientela, en su mayoría personas de edad avanzada y hombres de negocios con sus clientes. Ninguno con aspecto

italiano.

Satisfecho y lleno con la comida subió a su habitación y durmió una siesta muy profunda, la calefacción estaba al nivel adecuado y no necesitó taparse siquiera. La tensión nerviosa de encontrarse a su antiguo jefe dió pasó a un sopor profundo.

Se despertó a las seis y media y se quedó unos quince minutos mirando el techo y escuchando el siseo del aire acondicionado, todos los aires acondicionados de hoteles suenan iguales. En el viaje de fin de curso de la graduación estuvieron en un hotel en San Diego y recordaba el mismo sonido característico.

Perdió el tiempo mirando la red, viendo vídeos graciosos, noticias del canal www.NetTV.com hasta que le dieron las siete y media, a esa hora comenzó a prepararse rápidamente, se duchó, se afeitó, se puso ropa limpia y bajó corriendo al bar. A esa hora comenzaba a llenarse de gente. El bar estaba situado en la planta baja, y podía entrar gente de la calle, de hecho, personal de oficinas del barrio iban a tomarse una copa allí. Buscó una mesa desde la que pudiera controlar la entrada y pidió una Coca cola de vainilla.

Después de estar tanto tiempo viviendo como el Conde de Montecristo ver gente era todo un lujo. Stacey entró en el bar mirando a izquierda y derecha, Vic levantó la mano derecha como si se conocieran de toda la vida y ella se acercó a su mesa. Llevaba vaqueros, jersey grueso de cuello alto con el pelo suelto y en el brazo llevaba un portafolios y su abrigo.

-Hola- dijo él dándole la mano.

-Hola, bonito hotel.

-Gracias, ¿qué vas a tomar?.

-Una tónica con una rodaja de limón.

Se sentaron, sonrieron y se miraron.

-Por la webcam parecías más pequeña- le dijo él.

-Tengo que ajustarla mejor, ¿vas a estar mucho tiempo por aquí?.

-No, me marcho pasado mañana, una pena, aquí no se vive mal.

-No me extraña, ¿es verdad que te ponen una toalla perfumada cada día?.

-No, ¿quien te ha contado eso?.

-Una compañera de la redacción, dice que su hermano pasó la noche de bodas aquí.

-Seguro que pagó una suite, el Republic no paga suites a sus empleados.

Un camarero se acercó a tomar nota de la bebida de Stacey.

-¿Cómo va tu artículo especial?, ¿cual es el tema?.

Vic puso en marcha la maquinaria de mentir y se inventó una buena historia.

-Estoy haciendo un reportaje sobre el senador Bright.

-¿No es candidato por Florida?.

-Sí, pero está en el comité de asuntos civiles, llevan una semana reunidos.

-¿Y qué tal es?.

-Un tipo simpático, pero quisquilloso, quiere dejarlo todo bien atado, y si no le gusta algo me pide que le enseñe la pantalla del portátil y borra mis notas sin pedirme permiso.

-¿Y tú le dejas?.

-Cualquier cosa antes que dejar este hotel.

Hablaron durante una hora más y por fin pasaron del tema del trabajo, al de la familia y al de los novios. Stacey era una chica con facilidad para esquivar a los chicos, aunque una vez estuvo saliendo con un chico negro que trabajaba como operario de grúa, al parecer sus padres le habían inculcado desde pequeña que los prejuicios raciales eran cosa del pasado.

-¿Y tú, no me has contado nada de tus aventuras?.

-No hay nada que contar, soy italoamericano, mis padre son italianos de pro, nunca quisieron que me comprometiera con una chica no italiana, así que mis únicos asuntos amorosos los tuve en los campamentos de verano con la Parroquia de mi barrio.

-Uau, suena perverso.

-Lo era.
Eran las nueve y media y el bar del hotel se iba llenando de gente. Un hombre de unos treinta y cinco años, muy fornido, cabeza afeitada y con perilla entró en el bar y se sentó frente a la barra. Su cara le resultaba conocida.
-Voy a ir al cuarto de baño, me espera una hora de tren, ni se te ocurra pagar, ¿eh?.
-Ni hablar.
Stacey se levantó llevándose sólo su bolso. Vic llamó al camarero y le enseñó su tarjeta del hotel para que lo cargaran a su cuenta. Mientras hizo lo posible por hacer memoria, aquela perilla y aquel cuello grueso como el de un luchador de wrestling.........
Todas las luces de emergencia de su mente se encendieron. Aquel tío era uno de los chóferes de Giacomo Riggora, el jefe de su hermano Antonio. Sin pensarlo se levantó y se marchó por una puerta que daba a la recepción del hotel, miró rápidamente atrás para asegurarse que no le seguían, cruzó el vestíbulo y subió a su habitación. Volvía a estar en peligro.

No había duda que los tentáculos de la familia Riggora estaban en todos lados. El único sitio seguro era su agujero en la suite de la zona cero, o esconderse en la habitación del Hyatt, pero sin salir para nada. Ninguna de las dos ideas le complacía. Tendría que poner punto y final a este asunto y conservar al menos la vida.
A las dos de la mañana tomó una decisión. Encendió su teléfono móvil y marcó el número de su hermano Antonio. Escuchó cinco zumbidos sin que le contestara y luego la llamada se perdió. ¿Podría haber cambiado de móvil?, aquello era posible, su hermano era un delincuente y esa gente....... la pantalla del móvil se iluminó, estaba recibiendo una llamada de "Identidad oculta".
-¿Antonio?.
Silencio sepulcral.
-Me importa una mierda que no quieras usar nombres, si quieres recuperar el maldito dinero dilo o seguiré metido en mi agujero.
-Estoy aquí.
-No sé cómo pero me alegro de que no te mataran tus amigos.
-Las cosas no funcionan así, ahora tengo una deuda que me llevará toda la vida pagar, muerto no les sirvo de nada.
Vicenzzo respiró hondo.
-Quiero devolveros el dinero.
-Ya es tarde para eso hermanito, si te encontramos estás muerto. -aquellas palabras las dijo con una frialdad espectral.
-En ese caso os quedáis sin el dinero, sigo escondido donde estoy y tú te quedas viviendo como un esclavo de la mafia toda tu maldita vida.
Antonio se quedó callado, su respiración manifestaba su gigantesca ira contenida.
-¿Quieres negociar?.
-¿Cuanto queda del dinero?.
-Está casi intacto, faltarán menos de cinco mil.
-No me lo creo.
-Hagamos una cosa, os dejo el dinero en un sitio, os devuelvo los cinco que faltan y a cambio tú me juras por la tumba de papá y mamá que tus amigos se olvidarán de mí.
-No hay trato, conozco a mi gente, no te lo perdonarán nunca, te encontrarán y te matarán, no hay vuelta atrás.
-Lo siento por tí Antonio, porque me moriré escondido y con esta fortuna.
Pulsó el botón con ira y colgó.

Dentro de él algo le decía "te lo dije, con la mafia no se juega". Aquella gente sólo entendían el lenguaje del dinero, su único honor era una ofensa sin vengar. Hubo que cambiar de planes, descolgó el teléfono de la habitación.
-Buenas noches- dijo la operadora de centralita- ¿en qué puedo atenderle?.
-Con recepción por favor.

El móvil le sonó por segunda vez. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde la primera llamada.
-Soy todo orejas, cuéntame- le dijo Vicenzzo a su hermano.
-Este es el trato, no habrá otro, dinos dónde está el dinero, iré yo a recogerlo junto con mi jefe, el señor Riggora - se veía que el jefe le estaba escuchando- tú tienes que estar presente en la entrega o no hay trato.
-Es un trato magnífico, luego tu amigo Capone saca su bate de béisbol y me machaca. Qué buena idea.
-No te matará, sólo quiere una compensación, unos cuantos golpes, un par de dientes rotos y te dejamos en paz, puedes hacer tu vida donde quieras.
-¿Y el dinero que falta?.
-Lo tendrás que pagar antes de seis meses o no hay trato.
Vicen se quedó meditando. La pantalla de su nuevo portátil iluminaba su minúscula habitación en un apartamento alquilado hacía menos de seis horas.
-Te llamo y te digo donde estoy en menos de una hora.
Antonio pareció consultarlo tapando con la mano su teléfono.
-De acuerdo.
-Prométeme que no me matarán.
-Te lo prometo.
Colgó el teléfono. ¿Qué valor tenía la promesa de un asesino?. No podía fiarse de su hermano, pero tampoco tenía mucha más alternativa que seguir adelante con su plan. Pasó el teléfono móvil de una mano a otra, pensando y estudiando lo que iba a pasar.
-Una llamada más......- dijo a la desnuda habitación.

Antonio entró en el ascensor del Hyatt flanqueado por dos enormes gorilas del señor Riggora y el mismo señor Riggora. El enorme ascensor cargó con todos ellos y los subió a la planta quince. Si todo salía bien podría recuperar su puesto como miembro de la familia y tener un futuro decente, de momento no era más que el vil esclavo de todos ellos.
Los guardaespaldas de Riggora salieron primero e inspeccionaron los pasillos, luego hicieron señas a Riggora para que siguiera. Unos metros más a la izquierda se encontraba la habitación 1509. La llave se la había dejado su hermano en recepción. Los guardaespaldas volvieron a cumplir con el protocolo de inspeccionar, en esta ocasión volvieron sin decir nada.
-¿Problemas?- dijo Riggora.
-Sí, pase.
En el escritorio de la habitación un ordenador portátil con una webcam mostraba la imagen de Vicenzzo.
-Hola hermano- dijo desde la pantalla, estaban conectados en una sesión de videoconferencia.
El pequeño séquito de mafiosos entró en la habitación con gran precaución, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.
-Maldito hijo de....-
-Tranquilo, seguimos adelante con nuestros negocios, por cierto, saludos a tu jefe.
-¿Nos está grabando?- preguntó Riggora.
-Escuchadme, quiero deciros dónde esta vuestro dinero, el dinero que robásteis al furgón, a tu

derecha- explicó Vic desde la pantalla- hay un armario empotrado, ábrelo, allí hay varias bolsas que te interesarán.
-Cuidado- dijo uno de los guardaespaldas, pero Antonio lo miró con desdén. Abrió el armario y sacó las bolsas de lona colocándolas encima de la cama.
-Ábrelas- dijo Riggora.

Antonio sacó una navaja y rajó una de las bolsas, luego con las manos la abrió ensanchando el roto.
-Mierda- dijo derrumbado. Del interior de la bolsa había sacado las amohadas del hotel y toallas húmedas.

Riggora hizo un gesto a uno de sus guardaespaldas, el cual se acercó a él alargándole una pistola.
-Mi paciencia se ha acabado- amartilló la pistola y apuntó a la cabeza de Antonio- dame mi dinero o tu hermano pagará con tu robo.
-¿Seguro que quiere que lo grabe mientras mata a mi hermano?- dijo Vicenzzo algo pálido y con la voz temblorosa desde la pantalla.

Riggora señaló al ordenador y uno de los guardaespaldas estrelló el portátil contra el suelo.
-Mejor sin testigos- susurró Riggora mientras cogía una almohada y la ponía frente al cañón- lo siento Antonio.

El disparo fue en parte amortiguado por la almohada, sin embargo, casi simultáneamente la puerta se vino abajo y entraron seis policías con automáticas dando gritos. Riggora iba a abrir la boca para gritarles algo pero lo tiraron al suelo a empujones y lo esposaron. Desde el suelo un hombre entró caminando tranquilamente.
-Que nadie toque nada, vamos, arrastradlos fuera.

Otro oficial de policía, fuera del campo de visión de Riggora se acercó al que parecía ser el inspector y le preguntó.
-¿Intentamos rastrear la conexión del chico?.
-No, seguro que ha salido corriendo de donde esté. -miró alrededor y soltó una palabrota- ... vaya chapuza de operación.

El inspector se agachó para que Riggora pudiera verle la cara desde su posición en el suelo con la cara apretada contra la moqueta y un policía encima de sus riñones.
-Inspector Callahan, de homicidios.
-Encantado- dijo Riggora conteniendo el peso del poli encima suya.
-Esperábamos cogerle por fraude fiscal y como cómplice de homicidio, pero no como asesino directo de Antonio Escalpone, ¿quiere que hablemos?.

Vicenzzo no lamentó la muerte de su hermano, en cierto sentido era el culpable de la muerte de sus padres, el mundo estaría mejor con un delincuente menos y otro en la cárcel. Cuando vió como el matón de Riggora estrellaba el portátil salió del piso que usó para conectarse y se cambió a otro piso al otro lado de la ciudad. Cuatro horas después los periódicos del área metropolitana de NY informaban de la muerte de Antonio y de la detención de Riggora.

Después de ver a uno de los amigos de su hermano en el bar cuando estuvo con Stacey y hacer la llamada a su hermano Antonio decidió salir de Nueva York e irse a la otra punta del país, facturó dos de las tres bolsas por medio de una empresa de mensajería y él se montó en un avión rumbo a San Francisco con un portátil nuevo y su disco duro extraible con todos sus datos. En el aeropuerto mandó un correo al inspector Callahan informándole de lo ocurrido y de la encerrona que tenía pensado hacerle a su hermano, el policía sólo le respondió que se presentara de inmediato en la comisaría.

Ya en San Francisco, alquiló dos apartamentos, llamó a su hermano y quedó con él en que recogiera el dinero en la habitación del hotel, llamó al inspector Callahan y le informó de los detalles, el resto discurrió por sí sólo.

El apartamento en el que se encontraba tenía unas bonitas vistas a un parque, estaba deseando ver algo de naturaleza, y puede que luego se mudara a un estado más salvaje, la policía lo buscaría como testigo durante un tiempo, pero luego lo dejaría para ocuparse de otras cosas más importantes. Y en cuanto al dinero, no lo necesitaba para nada, tenía sus trabajos como periodista y podía moverse a su antojo por el país sin estar atado a una oficina o a una dirección donde los mafiosos o los polis le buscaran.

No había dormido casi nada en esos dos días, ni había tenido tiempo de mirar su correo, así que, bostezando miró la bandeja de entrada de su programa de correo electrónico y encontró uno de Stacey que decía:

"Canalla, te dije que ni se te ocurriera pagar las bebidas, pero no sólo te fuiste sino que las pagastes, ahora te debo una invitación, ¿cuando nos vemos la próxima vez?".



Terminé de escribirlo el 18 de Noviembre de 2.005, la idea original surgió de un meta relato llamado "Vidas en red" de donde ya saqué el relato "Sueños de cibercafé", terminarlo me ha costado trabajo. Por un lado me ha atraído la idea del teletrabajo, como la de personas que pueden vivir físicamente aisladas pero gracias a la red pueden estar en muchos sitios y conocer a personas más allá de su encierro, Internet permite eso y mucho más.

Otra cosa que me tiene fascinado es el crecimiento de las redes inalámbricas por todas las ciudades. Cada vez es más fácil conectarse a internet desde cualquier lado de Madrid (y supongo que en otras ciudades pasará igual), soy de los que voy por todos lados con mi Pda mirando si hay puntos de conexión, en casa, aunque vivo en un pequeño apartamento tengo una red Wireless que la uso no sólo para aprender, sino para conectarme desde el salón, el dormitorio ¡o el retrete!, hacer del planeta un gran hotspot wifi será muy útil.

Para escribir este relato he usado software libre, en concreto Abiword 2.4.1 un genial procesador de textos libre que tiene todas las funcionalidades que necesito (y otras muchas que desconozco), para generar el pdf he usado Open Office 2.0 (la mejor suite de ofimática, también libre).